

conduce á la humanidad, que es dócil á su accion. Réstanos nombrar la morada eterna á que el Espíritu del mal arrastra á sus adeptos: es el último rasgo de paralelismo entre la obra divina y la satánica.

El cielo de Satanás es el infierno.

Vida y vida eterna, luz y luz eterna, amor y amor eterno, dicha y dicha eterna: *Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: por los siglos de los siglos te alabarán* (1). Hé aquí el cielo del Espíritu Santo.

Muerte y muerte eterna, tinieblas y tinieblas eternas, odio y odio eterno, tormentos y tormentos eternos: *Serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos* (2). Tal es el cielo de Satanás.

Entre estas dos mansiones no hay medio. A cada instante entra la humanidad en la una ó en la otra, y entra para no salir. ¿Cómo evitar el infierno y llegar al cielo? Cual es la vida tal es la muerte. Vivir bajo el imperio del Espíritu Santo, á fin de morir en su gracia; morir en la gracia, á fin de reinar en la gloria; en esto se encierra todo para el hombre, y para las sociedades lo mismo. Aunque estas no vayan en cuerpo al otro mundo como los individuos; ¡ay de las que se sustraen á la accion del Espíritu de justicia y de verdad! Dan miedo y compasion; su verdadera historia no puede escribirse más que con lágrimas, con sangre y con lodo. Pero ¿cómo haremos para vivir bajo el imperio del Espíritu Santo? Tributándole aquel culto que puede merecernos sus favores. ¿Qué culto es este? Nos lo enseñarán los capítulos siguientes.

1. Ps. LXXXIII.

2. Apoc., xx, 10.

CAPITULO XLI.

EL CULTO DEL ESPIRITU SANTO.

SUMARIO.—Desproporcion entre el trabajo y la recompensa: explicacion.—El mundo debe dar culto al Espíritu Santo.—Predicadores de este culto: Dios, Nuestro Señor Jesucristo, los Apóstoles, los Padres, la Iglesia.—Testimonios.—Necesidad que al presente hay más que nunca del culto del Espíritu Santo.

¡Arriba los corazones: *Sursum corda!* Los sufrimientos de esta vida son nada, si se tiene en cuenta la gloria futura que se revelará en nosotros. Al pensar en el fruto de la vida eterna, si queda algun rayo de verdadera luz, algun sentimiento de noble ambicion, deberemos exclamar con el Apóstol: *Para ganar el cielo todo lo he dado por perdido.* Candidatos como somos de la eternidad, debemos imitar á aquel negociante en piedras preciosas, de quien nos habla el Evangelio. Encuentra una perla que vale por sí sola un tesoro. En vez de gastar su tiempo y su dinero en buscar y comprar otras piedras, compra aquella y se hace el más rico y feliz de los negociantes.

¿Y cómo tan gran recompensa por tan poco trabajo? ¡Lo infinito por lo finito! ¿Qué misterio es este? El Espíritu Santo es el amor infinito; y el cielo es el reino del amor infinito. La proporcion que de aquí resulta no la sabemos; pero es un hecho indudable. De él nos sale garante la palabra divina y nos lo hacen sensible algunas imágenes que cualquiera puede ver. ¿Quién no ha visto la hermosura, la magnitud, la prodigiosa multiplicidad de los frutos de al-

gunos árboles? A poco que lo meditemos, nos dice este espectáculo: Para tener abrigo contra los rayos del sol, leña para su hogar y succulentos frutos que servir á su mesa durante años enteros, basta al hombre hacer el sacrificio de un solo fruto, capaz, á lo más, de satisfacer un gusto pequeño y pasajero.

El que multiplica de un modo tan áombroso el fruto de los arboles, nos ha prometido multiplicar, segun la misma ley, el fruto de nuestras obras: *Centuplum accipiet*. ¿Quién tiene derecho de dudar de esta palabra ó de poner límites al poder del que la pronunció? Las maravillas que brotan en el orden material, no representan sino de una manera muy imperfecta los milagros que se verifican en el orden moral. Tanta diferencia como hay entre la semilla arrojada á la tierra y el árbol magnífico, cubierto de flores y frutos segun la estacion; tanta y más habrá entre el placer momentáneo cuya privacion voluntaria mente aceptamos, y el torrente de delicias eternas en que nos veremos inundados.

Ahora bien, todo fruto nace de otro fruto. El fruto de la vida eterna nace de los frutos del tiempo, que nos son conocidos. Resta decir cómo es preciso cultivarlos. Esto se hace cultivando el árbol que los produce; el cual no es otro que el mismo Espíritu Santo (1). ¿De qué modo lo cultivaremos? Dándole el culto que se merece. De aquí nacen dos cuestiones: ¿Debe el mundo dar culto al Espíritu Santo? ¿Cuál es este culto?

1.º ¿Debe el mundo dar culto al Espíritu Santo? Cuando

1. Et tu colis Deum, et coleris á Deo. Recte dicitur, colo quomodo autem color á Deo? Invenimus apud Apostolum, *Dei agricultura estis*. . . Colit te ergo Deus, ut sis fructuosus; et colis Deum, ut sis fructuosus. Tibi bonum est quod te colit Deus; tibi bonum est quod colis Deum, etc. S. Aug., *Enarrat, in ps.* 145, n. 11.

yo quiero obtener respuesta á una cuestion de historia ó de astronomía, pregunto á los historiadores ó á los astrónomos. Para saber si el mundo debe dar culto al Espíritu Santo, me dirijo á los maestros de la ciencia divina. Estos maestros son: el mismo Dios, Jesucristo, los Apóstoles, los Padres, la Iglesia. Desde el principio del mundo, todos estos maestros se hacen una sola lengua para decir de generacion en generacion al eterno soldado que se llama género humano: Tus enemigos más formidables no son los que ves, los hombres de carne y hueso. La verdadera lucha está para tí en pelear contra el Espíritu del mal y sus batallones invisibles. ¿Quiéres conocer su naturaleza? pues, es superior á la tuya. ¿Su carácter? son la maldad misma. ¿Su número? es incalculable. ¿Sus artificios? son los padres de la mentira. ¿Su morada? habitan en el aire que respiras y se arrojan sobre tí con más rapidez que una ave de rapiña. Solamente un espíritu puede luchar contra otro espíritu, el Espíritu del bien contra el Espíritu del mal; ó te mantienes á cubierto bajo las alas del Espíritu del bien, ó caes inevitablemente en las garras del Espíritu del mal (1). Así hablan todos á una los maestros de la ciencia. Escuchemos lo que dice cada cual en particular.]

Dios. A fin de que el hombre tenga siempre presente la necesidad del culto del Espíritu Santo, Dios ha escrito dos grandes libros: el mundo y la Biblia. Estos dos libros celebran con igual elocuencia las glorias del Espíritu Santo, su amor eterno á los hombres y la indispensable necesidad de su asistencia. El cielo con sus soles, la tierra con sus riquezas, la mar con sus leyes, el caos mismo que un dia ordenó y fecundó, hablan de El lo mismo que del Hijo y del Padre. Más de ciento cincuenta veces nombra el Antiguo

1. *Eph.*, vi, 12; *Corn. á Lap.*, *ibid*; *I Petr.*, v, 8.

Testamento á la tercera persona de la Santísima Trinidad, y siempre es bendiciéndola. *Doscientas diez* veces le es tributado el mismo homenaje en el Nuevo.

¿Qué otra cosa revela esta frecuente repetición, sino la suprema y eterna participación del Espíritu Santo en la creación, gobierno y redención del mundo? ¿Qué predica si no el deber impuesto á los hombres y á los ángeles de tenerlo siempre presente con el Padre y el Hijo en sus pensamientos, súplicas y adoraciones? Y aún podríamos decir que, si en este culto incesante pudiera haber alguna preferencia, debería esta ceder en favor del Espíritu Santo. Amor sustancial del Padre y del Hijo, no se revela más que por beneficios. Todos los dones de la naturaleza y de la gracia vienen directamente de El.

Jesucristo. A la voz de la Biblia y de las criaturas viene á unirse la de la verdad en persona, el Verbo encarnado. Ni ejemplos ni palabras, nada omitió el divino Maestro del género humano para hacer que amásemos al Espíritu Santo y en El pusiéramos toda nuestra confianza. Lo que Juan Bautista fué para Jesús, esto parece ser Jesús para con el Espíritu Santo. El hijo de Zacarías, el más grande de entre los hijos de los hombres es elegido por precursor del Mesías. El mismo Hijo de Dios hace las veces de precursor del Espíritu Santo y parece no proponerse otro objeto que preparar el mundo á recibirlo.

Determinó hacerse hombre, pero quiso que su madre fuera la esposa del Espíritu Santo; quiso que su cuerpo fuese formado por obra del Espíritu Santo; quiso que en el día de su bautismo descendiera visiblemente el Espíritu Santo sobre El y que lo condujera al desierto donde se preparó para cumplir su misión. Durante todo el curso de su vida mortal, se mostró constantemente dirigido por el Espí-

ritu Santo. Llegada la hora solemne de salvar al mundo con su sangre divina, el Espíritu Santo es quien lo conduce al Calvario. Muere, y el Espíritu Santo es quien lo levanta resucitado de su sepulcro (1).

¿Llega el caso de defender los derechos del Espíritu Santo? pues parece olvidar los suyos. El mismo ha dictado esta sentencia: "Todo el que dijere palabra contra el hijo del hombre, perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro (2)." ¿Hay que nacerle lugar en las almas? Pues Jesús no vacila en separarse de todo lo que más ama en el mundo, como si su presencia pudiera ser un obstáculo para el reinado absoluto del Espíritu Santo (3). Tales han sido las palabras y la conducta de la segunda persona de la Trinidad respecto á la tercera. Nunca el cielo y la tierra oyeron ni oirán jamás cosa tan elocuente acerca de la excelencia del Espíritu Santo, del culto que le es debido y de la necesidad de su reino.

Los Apóstoles. Educados en la escuela del Verbo y formados por el mismo Espíritu Santo, los apóstoles hablan según lo muy llenos que están. Delante de los nuevos fieles, y en presencia de los perseguidores, en sus escritos y en sus discursos, siempre tienen al Espíritu Santo en sus labios. Dejan á los diáconos el cuidado de alimentar á los pobres, y se quedan ellos con la misión de anunciar al Espíritu Santo, de comunicarlo al mundo y de proclamar por doquiera la necesidad indispensable de someterse á su imperio. Nada más lógico. ¿Cuál es, en efecto, su vocación y para qué son apóstoles? Para luchar sin tregua ni descanso contra el Espíritu del mal, Satanás, dios y rey del mundo.

1. *Matth.*, iv, 1; xii, 18, 28; *Hebr.*, ix, 14; *Rom.*, viii, 2.

2. *Matth.*, xii, 32.

3. *Joan.*, xiv, 7.

Como apóstoles, su oficio es arrojar al usurpador y hacer que reine en su lugar el Esprittu del bien.

Cual bienhechoras nubes empujadas por el viento del Cenáculo se esparcen hácia los cuatro ángulos del cielo y hacen que llueva en todas las partes de la tierra el Espíritu que mora en ellos. El gigante de esta gran batalla, San Pablo, lo pasea por espacio de treinta años, del Oriente al Occidente y del Occidente al Oriente. En todos los lugares exalta las glorias del Espíritu Santo, revela su presencia con sorprendentes milagros, y no cesa de gritar á los judíos y á los paganos, á los Griegos y á los Bárbaros: Recibid el Espíritu Santo; no lo contristeis; y sobre todo, tened cuidado de no quedaros sin El. De otro modo permaneceréis ó volveréis á caer bajo el imperio del Espíritu infernal. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo. Nada podeis sin el Espíritu Santo en orden á la salud, ni siquiera pronunciar el nombre del autor de la salvacion y de la gracia (1).

Lo que Pablo enseña en Tesalónica, en Efeso, en Atenas, en Corinto, lo enseña Pedro en Jerusalem, en Antioquia, en Roma; Bartolomé en Armenia; Tomás en las Indias; Andrés en la Escitia; Santiago en España; Mateo en la Etiopía. De este modo, los Apóstoles se nos presentan como los *hombres del Espíritu Santo*. Sus predicaciones, sus viajes, sus milagros, su vida sublime y su muerte no menos sublime que su vida, pueden definirse: el Espíritu Santo anunciado, comunicado, ofrecido al amor y á la obediencia del mundo entero. Ahora bien, la conservacion de los séres no es más que la continuacion de su creacion. Sí, pues, el mundo cristiano, formado por el Espíritu Santo quiere

1. *Eph.*, I, 17; IV, 30; I *Thess.*, V, 19; *Galat.*, V, 16, 17; *Rom.*, VIII, 9; I *Cor.*, XII, 3.

continuar siendo cristiano, tiene necesidad absoluta de permanecer fiel al principio de su origen. ¡Gran asunto de reflexiones para nuestra época!

Los Padres. A los apóstoles suceden los Padres y los doctores de la Iglesia. Han visto con sus ojos la más asombrosa de todas las revoluciones; á Satanás arrojado de su imperio, y á la humanidad que, sacada de su esclavitud, pasa á la libertad, á la luz y á las virtudes del Evangelio. Todos ellos saben que este milagro de la regeneracion del mundo, mayor que el de la creacion, comienza en el Cenáculo y que es obra del Espíritu Santo. Dedicán su vida entera á perpetuar y extender esta obra maravillosa, como los apóstoles se consagraron á establecerla. Desde los primeros siglos, la historia nos presenta á los más grandes ingenios del Oriente y del Occidente consagrando su saber y su elocuencia á las prerogativas del Espíritu Santo, vindicar su divinidad, demostrar sus maravillosas operaciones, probar la necesidad de su reino y solicitar para El las adoraciones del género humano.

A imitacion del grande Apóstol, San Crisóstomo, San Agustin, San Jerónimo, hablan sin cesar del divino Paráclito. Dydimio, San Basilio, San Ambrosio le consagran cada uno un tratado particular. Las obras inmortales de San Cipriano, de San Atanasio, de San Cirilo, de San Gregorio Nazianceno, de San Hilario, de San Leon, de San Gregorio el Grande, del venerable Beda, de Ruperto, de Santo Tomás, de San Buenaventura, de San Antonino y de otros muchos, son otros tantos canales por los cuales corre á torrentes la doctrina apostólica acerca del Espíritu Santo. Para estos grandes hombres, fundadores de las sociedades cristianas, era lo primero de todo inculcar al mundo la ne-

cesidad constante de vivir bajo el imperio del Espíritu Santo, ó bajo el imperio de Satanás.

Hablen por todos san Bernardo y San Crisóstomo: "Te[n]emos, dice el primero, dos prendas del amor que Dios nos profesa: la efusion de la sangre de Jesucristo y la efusion del Espíritu Santo. De nada sirve la una sin la otra. No se da el Espíritu Santo sino á los que creen en Jesus crucificado. Pero la fé no sirve de nada, si no obra por medio de la caridad. Pues bien, la caridad es un don del Espíritu Santo (1)."

San Crisóstomo: "Sin el Espíritu Santo no podrian los fieles hacer oracion á Dios y llamarle padre. Sin El no habria ciencia, ni sabiduria en la Iglesia, ni pastores, ni doctores, ni santificador. En una palabra, sin El no existiria la Iglesia (2)."

Pero si no hubiera Iglesia, ni presbíteros, ni doctores, ni posibilidad de orar, ni medio de aprovecharnos de la sangre derramada en el Calvario, ¿cómo sustraernos al imperio del demonio? Pues bien, sin el Espíritu Santo nada de esto existiria. Las partes del mundo civilizadas por el cristianismo estarian todavía como la China, las Indias, el Africa, el Japon, el Thibet, bajo la dominacion absoluta del príncipe de las tinieblas. Esta es la enseñanza tradicional de los padres de la Iglesia. ¿Puede decirse nada más explícito acerca de la necesidad de conocer al Espíritu Santo, de amarlo, de adorarlo y de acogerse á su imperio?

La Iglesia. Para que esta enseñanza fundamental no se extinga jamás, la Iglesia ha tenido mucho cuidado de traducirlo en actos, haciéndola popular. A más de signar y

1. *Epist.* 107 *ad Thom.* *Proposit.* de *Beberla*.

2. *Nisi esset Spiritus Sanctus, pastores et doctores in Ecclesia non essent... Nisi Spiritus adesset, Ecclesia non consisteret. In sanct. Pentecost.*, hom. 1. n. 4.

santiguar cuyo frecuente uso tan recomendado por ella (1) recuerda muchas veces cada dia á todos sus hijos el nombre y la influencia necesaria del Consolador celestial, emplea mil medios para hacer que lo tengan presente en su pensamiento.

Aunque el Espíritu Santo sea juntamente con el Padre y el Hijo, el objeto invariable de su liturgia, quiere la Iglesia que una fiesta solemnísimamente venga todos los años, de generacion en generacion, á avivar el agradecimiento de las naciones bautizadas hácia Aquel á quien el mundo lo debe todo: luz, caridad, libertad, civilizacion en el tiempo, glorificacion en la eternidad.

¿Se presentan en su propia vida ó en la vida de los pueblos y aun en la particular de un individuo casos excepcionales en los cuales se hace especialmente necesaria la sabiduria de arriba? Pues jamás deja la Iglesia de dirigirse al Espíritu Santo.

La metrópoli del mundo católico, Roma, está de duelo. La muerte que nada respeta ha herido á su pontífice y rey. Es preciso dar á Pedro un sucesor, al Hijo de Dios un vicario. El sacro colegio está reunido, profundo silencio reina en el santuario donde va á añadirse un eslabon á la cadena de los Pontífices. ¿Cómo dará principio el acto decisivo, que ha de poner en manos de un débil mortal los destinos del mundo civilizado? La primera palabra que sale de los labios de aquellos ancianos postrados de rodillas ante Dios, es una invocacion al Espíritu de Sabiduria, el himno tantas veces repetido: *Veni, creator Spiritus*.

Del mismo modo que se perpetúa el pontificado, se perpetúa el sacerdocio. Ved ese grupo de jóvenes levitas que

1. Pio IX concede por un decreto 50 dias de indulgencia al que practique este signo venerable.—Véase nuestra obra: *Le Signe de la Croix au XIX siècle*.